

Yvone Sherratt (2014). *Los filósofos de Hitler*. Madrid: Cátedra

José Luis García Martínez^a

Vivimos una trivialización de algunos términos en el lenguaje. Esto no significa que cuando pedimos a la mesa de la comida que nos pasen el pan pueda surgir un malentendido. Lo que pretendo indicar es que el lenguaje, en multitud de ocasiones, es utilizado de forma banal, cuando no irresponsable. Un caso paradigmático es el uso, interesado y capcioso, que se realiza de las palabras asociadas con un periodo tan deplorable como el “nazismo”, y con un personaje como Hitler. Leo Strauss ya trató la *Reductio ad Hitlerum*, denunciando el uso abusivo que se utiliza del personaje para obtener la victoria dialéctica. Cuando alguien se ve acorralado dialécticamente, una buena vía de escape puede ser detectar, en el argumento del oponente, algún aspecto que pueda ser

relacionado con Hitler. De esta forma, en un debate sobre la música de Wagner o Mozart, para vencer será suficiente recordar el gusto de Hitler por Wagner. Algo más sofisticada es la ley de Godwin (regla de analogías nazis) por la que, a medida que una discusión en línea se alarga, la probabilidad de que aparezca una comparación en la que se mencione a Hitler o a los nazis tiende a uno. Analizar el discurso político en la actualidad nos puede dar esclarecedores ejemplos.

Con los antecedentes señalados, cuando uno se enfrenta a un libro titulado *Los filósofos de Hitler*, se encuentra con algunas resistencias que le hacen ser cauteloso con el contenido; resistencias que quedan desactivadas una vez lo hemos finalizado, puesto que ha resultado de agradable lec-

^a Doctor en Filosofía por la Universitat de València. Miembro del Grupo de Investigación en Bioética de la Universitat de València.

Correspondencia: Universitat de València. Sección Departamental de Filosofía del Derecho, Moral y Política. Facultat de Filosofia, Avda. Blasco Ibáñez, 30, 46010, Valencia. España.

E-mail: joseluisgarcia32@gmail.com



tura. Está escrito de forma sencilla y amena, eludiendo figuras literarias complejas (quizá repitiendo en demasiadas ocasiones imágenes meteorológicas) y utilizando por momentos un lenguaje emotivo que busca enfatizar las situaciones más dramáticas. Otra clave de estilo es el uso del lenguaje evaluativo en función de la proximidad o lejanía del personaje al nazismo, probablemente un recurso literario para relatar la historia como un enfrentamiento “entre buenos y malos”.

Lo primero que llama la atención es la contundencia del título. Una vez se han leído las primeras páginas, podemos interpretar a muchos filósofos anteriores al nazismo como precursores de este, hecho que difícilmente es justificable. Estas cuestiones de matiz están resueltas de forma poco satisfactoria por la autora, pero también hemos de concederle que haber entrado en estas hubiera dado un libro con un talante muy diferente. Con todo, quisiera ofrecer unas claves que nos puedan ayudar a interpretar estas relaciones. En primer lugar, filósofos como Nietzsche no pueden considerarse precursores del nazismo, porque jamás pudieron imaginar la barbarie nazi en toda su magnitud y consecuencias, mucho menos desearla o abogar por ella. Otra cuestión será analizar las forzadas interpretaciones que se realizaron de estos autores para justificar su proximidad al nazismo, pero de ello no tienen culpa. En segundo lugar, las diferentes épocas y contextos en los que las obras filosóficas se producen dificultan comparar de forma sencilla esas obras con

eventos posteriores, mucho más fundamentarlos. Y tercero, porque (siguiendo a Gadamer y la hermenéutica que se desarrolla en la segunda mitad del siglo XX) resulta muy difícil hablar de “la” recepción de la obra de un autor, por ejemplo, de Kant, en filosofía. Tendremos que tratar de diferentes “Kants” o recepciones e interpretaciones de un autor que pueden ser racionalmente aceptadas. Interpretar a un autor o una obra de una forma determinada e inamovible es resultado más de obstinación que de disponer de herramientas adecuadas para ello.

En el prólogo (Sherratt, 2014: 18), aunque también está en la conclusión del libro, el texto se inicia con una clave más que discutible: la autora propone que la filosofía es un desarrollo de la ciencia moral (probablemente por los problemas de traducción entre las ciencias del Espíritu del alemán *Geisteswissenschaften*, traducido como Moral Science en inglés). Este planteamiento supondría una reducción del quehacer filosófico, ya que se excluirían de este muchos campos como la metafísica, la teoría del conocimiento o la filosofía de la ciencia, puesto que no serían ciencias morales; o bien, en sentido contrario e intentando que la ciencia moral se equiparara a todo el saber filosófico, supondría una ampliación difícilmente justificable del campo de la ciencia moral, que abarcaría todas las áreas de la filosofía. Otra interpretación, siguiendo al Habermas de los años sesenta, sería aplicar un interés *emancipatorio* a la filosofía, interés con indudable carga moral; pero tal como



lo expresa la autora, no sabemos si omite parte de un razonamiento parecido o si, en otro nivel, propone que los filósofos debieran ser enjuiciados con mayor rigor que el resto de seres humanos, cuestión que nos parece difícilmente defendible, más que nada porque los filósofos (al menos todavía) son personas, con su parte buena y su complementaria, que no lo es tanto.

Desde estas advertencias, ahora sí, podemos entrar en el contenido del libro. Es un ensayo bien escrito, con sensibilidad estilística y narrativa, aunque debemos desechar que sea un libro académico sobre filosofía. No nos introduce en divagaciones filosóficas para justificar o desactivar las relaciones con el nazismo de los autores que aborda. Más bien (y aquí reside uno de sus logros) trata de contextualizar la vida, ideas y fuentes de pensamiento de los protagonistas de aquellos días, partiendo de Hitler y de sus colaboradores más próximos, para terminar con aquellos que tuvieron que exiliarse o decidieron enfrentarse a él. Su desarrollo es una narración de los que vivieron aquellos años en función de sus posicionamientos, y nos ayuda a ver las relaciones entre Hitler y Heidegger, entre Adorno y Horkheimer, o entre Arendt y Berlin, entre otras. Veremos lo que hubo más allá de los libros, y las anécdotas personales nos darán claves para entender el papel de cada pensador en el escenario nazi, formando un docudrama (en palabras de la autora). El libro, estructurado en dos partes, aborda en la primera a Hitler y a sus colaboradores,

entre los que destaca a Schmitt y a Heidegger. En la segunda parte nos presenta los dramas de los oponentes: Walter Benjamin, Adorno, Arendt y Kurt Huber. En el último capítulo de esta parte (y el más interesante desde nuestro parecer) aborda los tiempos posteriores a los juicios de Núremberg.

A lo largo de la primera parte veremos las fuentes del pensamiento de Hitler, su extraordinario desarrollo, sus acciones para convertirse en pensamiento único y su extraño ensamblaje para intentar justificar lo injustificable. Podremos profundizar en el carácter de Hitler y en su obsesión por transformarse en un filósofo que pudiera armar teóricamente su pensamiento. También podremos conocer los movimientos que se realizaron en las universidades al tiempo que el nazismo prosperaba, y la importancia que se dio a la filosofía para incorporar el ideario nazi a la sociedad alemana. Igualmente sabremos del papel de Alfred Rosenberg, líder intelectual de la ideología nazi, junto a Rudolf Hess o el eugenista Hans Günther. La autora se centrará principalmente en dos filósofos: Schmitt y Heidegger, siendo este último el que recibirá un mayor desarrollo a lo largo del libro, el “Superman de Hitler”.

En la segunda parte se exponen las posiciones de quienes no comulgaban con las ideas del *Führer*. Aquí veremos diferentes formas de responder al nazismo a través de filósofos. Conoceremos la trágica historia de Walter Benjamin, que intentó infructuosamente huir hacia España, imaginare-



mos a Adorno y sus aventuras con el *Star system* de Estados Unidos, padeceremos junto a Arendt su relación con Heidegger, y sufriremos la cuenta atrás de Huber, al que le esperaba un horrible final. Finalmente, Sherratt realiza un análisis de los resultados tras la guerra y el papel que desempeñaron tanto colaboracionistas como opositores. En este punto la autora defiende que la sociedad alemana no supo erradicar a los ideólogos nazis tras la guerra y los juicios de Núremberg, lo que le hace temer que las “semillas de las filosofías de Hitler germinaran en posteriores generaciones”. También afirma que:

El 7 de mayo de 1945 Alemania firmó la rendición incondicional y el día siguiente se convirtió en el día V-E, el día de la victoria en Europa. Los rayos de sol se abrían paso entre las nubes y el periodo más trágico de la historia moderna había llegado a su fin. Pero pronto empezaron las apariciones fantasmales: se conoció la existencia de innumerables campos de concentración con sus cámaras de gas y la auténtica dimensión del Holocausto se hizo patente ante los horrorizados ojos del mundo civilizado¹.

En otras palabras, fue tras la guerra cuando se supo todo lo que sucedía; otros documentos e investigaciones muestran que el horror era conocido por todos, incluso por los aliados o por los países ocupados en los que se realizaba la “solución final”. El extenso documental *Shoah*, de

Claude Lanzmann, nos ofrece una interpretación menos benefactora. Y la impresión de Jean Améry, cuando aborda su resentimiento, nos muestra a un pueblo alemán cegado ante el brillo nazi, ya sea para adorarlo, ya sea para no ver y continuar las propias vidas².

En conclusión, nos encontramos ante un libro interesante para contextualizar a los pensadores coetáneos de Hitler en Alemania y analizar las consecuencias y los diferentes finales que tuvieron. Es de fácil lectura y nos ayuda a conocer a los filósofos más allá de su obra. Leer la respuesta de Adorno cuando un perro orina ante Greta Garbo es hilarante. Y sobre estos sucesos podemos imaginar el contexto y las emociones que pudieron condicionar su obra. El debate, finalmente, reside en si una persona que estuvo cerca del nazismo (cuando no justificándolo o armándolo de contenido teórico) debe tener una reputación filosófica favorable. Heidegger, Schmitt o Frege fueron afines al nazismo, pero han pasado a la historia como grandes filósofos. La autora muestra resistencias a esa consideración, apelando a la proximidad de estos autores a Hitler. Tendrá que ser cada lector el que tenga que decidir. Pero para decidir tendremos que disponer de información que nos ayude a relacionar las obras con las vidas de los autores. Y en ese sentido este libro es un documento muy útil.

² J. Améry (2004). *Más allá de la culpa y la expiación: tentativas de superación de una víctima de la violencia*. Valencia: Pre-Textos.

¹ Cfr. Sherratt (2014: 280).

